
GUIA PARA LA ORACIÓN

En este momento de los Ejercicios el ejercitante se coloca frente a Cristo. Y situarse ante Cristo lleva emparejado simultáneamente colocarse frente al grupo, por llamarlo así, de la oposición a Cristo y a su bandera.

Nadie puede jactarse de verse libre de las tentaciones que nos quieren apartar del servicio a Dios, que nos quieren introducir en el desorden de los planes de Dios. San Ignacio, en la célebre meditación de *las dos banderas*, se coloca en la tradición antigua de la lucha del bien y el mal, de las dos ciudades, de los dos principios, doctrina incluso anterior al Evangelio. San Ignacio le otorga el sello de su manera de ser y pensar, con una finura psicológica extraordinaria. Esta meditación considera la propia libertad humana como un gran campo de batalla donde se enfrentan dos estructuras o estrategias opuestas, a lo David y Goliat (1 Sam 17).

Soy un ser en opción continua y me tengo que definir en mis decisiones. Reconozco que tiendo hacia Dios como criatura que apela a su fuente creadora, pero debo reconocer también que soy portador de fuerzas congénitas que me llevan al mal. San Ignacio utiliza el paralelismo de contrarios. Esquemáticamente, el planteamiento de esta meditación de dos banderas podría ser éste:

Estructura	Espíritu del Mal (egoísmo)	↔	Espíritu del Bien (amor)
Raíz (autosuficiencia)	1- Riqueza (tener)	↔	1- Pobreza (desprenderse)
Raíz (autocomplacencia)	2- Honor (aparentar)	↔	2- Menosprecio (someterse)
Raíz (autoprepotencia)	3- Soberbia (poder)	↔	3- Humildad (anonadarse)

1. Pobreza contra riqueza. Riqueza es la preocupación obsesiva por el universo del **TENER**, en toda su gama de bienes materiales, espirituales, intelectuales, institucionales, etc. De tal manera que el afán de posesión supone un pecado de avaricia notable, dominante y determinante en mi existencia. Presupone un sustrato importante de *autosuficiencia* que me arrastra a hacerme fuerte en el mundo del tener.

2. Honor contra menosprecio. Honor es la preocupación obsesiva por el universo del **APARENTAR**, por el mundo de las apariencias (sociales, espirituales, organizativas, etc.) que suelen provocar lógicamente el aplauso de los demás con la *vana-gloria* acompañante. La vanagloria es una tentación sutil, ya que se basa normalmente en datos objetivos que recuerdan aquello de que la humildad es la verdad, pero que si está teñida de vanagloria, da a entender, o al menos puede infundirnos la sospecha razonable de que esos datos objetivos o éxitos se han adquirido no buscando la gloria y servicio de su divina majestad, sino la propia. La vanidad, lo vano, lo vacío, entran en acción.

3. Soberbia contra humildad. Soberbia es la preocupación obsesionante por el universo del **PODER**, objetivo prioritario de esta sociedad competitiva y ejecutiva. La raíz de ello está en la profunda *autoprepotencia*, que me lleva a colocarme en el vértice de todo, lugar que sólo le corresponde a Dios como Principio y Fundamento de todo cuanto es, existe y se mueve. Frente a esto se sitúa la humildad, que no es otra cosa que la alegría y gozo interno de *anonadarse* a ejemplo de Cristo.

TEXTOS PARA LA ORACIÓN

BANDERA DEL MAL CAUDILLO

La codicia de riquezas.
El vano honor del mundo.
La soberbia.
De aquí a todos los vicios.

Mt 19,21-26 Se marchó triste porque era rico.
Mt 23,1-7 Les gusta los primeros puestos.
Mc 4,18-20 La seducción de las riquezas.

BANDERA DEL VERDADERO CAPITAN

La pobreza.
Oprobios y menosprecios.
La humildad.
De aquí a todas las virtudes.

Mt 7,13-14 Entrad por la puerta estrecha.
Mt 23, 7-12 El primero será vuestro servidor.
Lc 14,7-11 El que se humilla será ensalzado.

DEL CONOCIMIENTO DE DIOS SE ORIGINA EL AMOR

Si estamos bajo el dominio de la ignorancia de Dios, ¿cómo vamos a esperar en aquel a quien ignoramos? Y si no nos conocemos a nosotros mismos, ¿cómo podremos ser humildes, pensando ser algo, cuando en realidad no somos nada? Y sabemos que ni los soberbios ni los desesperanzados tendrán parte o comunión en la herencia de los santos.

Considera, pues, ahora conmigo con cuánto cuidado y solicitud debemos desterrar de nosotros estos dos tipos de ignorancia, el primero de los cuales es el origen de todo pecado, y el segundo, de su consumación; cómo, por el contrario, los dos conocimientos opuestos —de Dios y de nosotros mismos— son respectivamente el principio y la perfección de la sabiduría; uno el temor del Señor y el otro la caridad.

Porque, así como *el principio de la sabiduría es temer al Señor*, así *el principio de todo pecado es la soberbia*; y como el amor de Dios se atribuye a sí mismo la perfección de la sabiduría, así la desesperación reclama para sí la consumación de toda malicia. Y así como de tu propio conocimiento nace en ti el temor de Dios, y del conocimiento de Dios se origina el amor al mismo, así, contrariamente, de tu personal desconocimiento surge la soberbia, y de la ignorancia de Dios procede la desesperación. Así, pues, la ignorancia de ti mismo te acarrea la soberbia, pues engañado por una mentalidad ciega y falaz, te crees mejor de lo que en realidad eres. Precisamente en esto consiste la soberbia, aquí está la raíz de todo pecado: en considerarte a tus ojos mejor de lo que eres ante Dios, mejor de lo que eres en realidad.

No existe, pues, peligro alguno, por más que te humilles, por más que te consideres menos de lo que eres, es decir, menos de lo que la Verdad te valora. Es, en cambio, un gran mal y un peligro horrendo si te crees superior, por poco que sea, a lo que en realidad eres, o si en tu apreciación te prefieres aunque sólo sea a uno de los que tal vez la Verdad juzga igual o superior a ti. Un ejemplo aclarará la idea: si pretendes pasar por una puerta cuyo dintel es excesivamente bajo, en nada te perjudicará por más que te inclines; te perjudicará, en cambio, si te yergues aun cuando no sea más que un dedo sobre la altura de la puerta, de suerte que te arrearás un coscorrón y te romperás la cabeza. Así ocurre a nivel espiritual: no hay que temer en absoluto una humillación por grande que sea, pero hemos de tener un gran horror y temor al más mínimo movimiento de temeraria presunción. Por lo tanto, oh hombre, no te atrevas a compararte con los que son superiores o inferiores a ti, no te compares con algunos ni siquiera con uno solo. Porque ¿qué sabes tú, oh hombre, si aquel uno, a quien consideras como el más vil y miserable de todos, qué sabes —insisto— si, merced a un cambio operado por la diestra del Altísimo, no llegará a ser mejor que tú y que otros en sí, o si lo es ya en Dios?

Por eso el Señor quiso que eligiéramos no un puesto mediano ni el penúltimo, ni siquiera uno de los últimos, sino que dijo. *Vete a sentarte en el último puesto*, de modo que sólo tú seas el último de todos los comensales, y no te prefieras, ni aun oses compararte, a ninguno.

SAN BERNARDO

DOS CUENTOS

El pescador satisfecho

El rico industrial del Norte se horrorizó cuando vio a un pescador del Sur tranquilamente recostado contra su barca y fumando una pipa.

“¿Por qué no has salido a pescar?” le preguntó el industrial.

“Porque ya he pescado bastante por hoy”, respondió el pescador.

“¿Y por qué no pescas más de lo que necesitas?”, insistió el industrial.

“¿Y qué iba a hacer con ello?” preguntó a su vez el pescador.

“Ganarías más dinero” fue la respuesta.

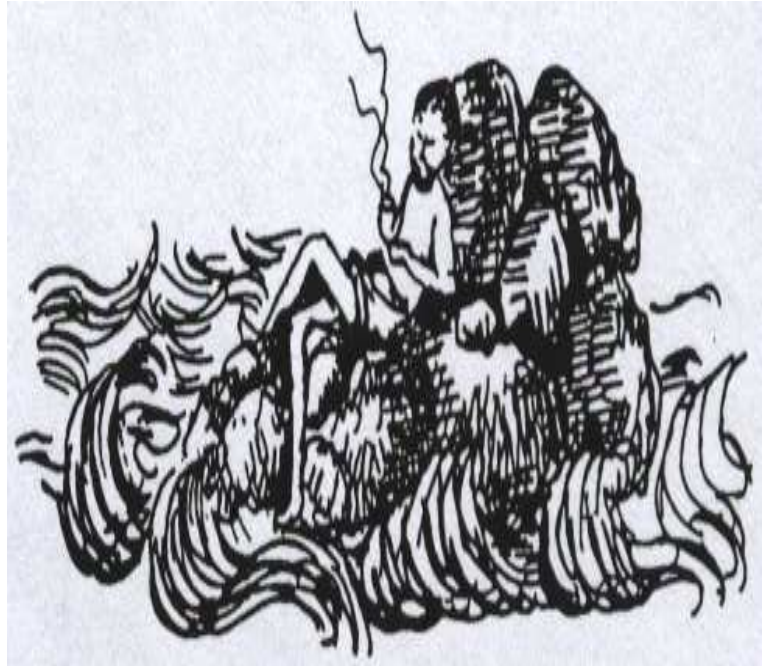
“De ese modo podrías poner un motor a tu barca. Entonces podrías ir a aguas más profundas y pescar más peces. Entonces ganarías lo suficiente para comprarte unas redes de nylon, con las que obtendrías más peces y más dinero. Pronto ganarías para tener dos barcas...

Y hasta una verdadera flota. Entonces serías rico, como yo”.

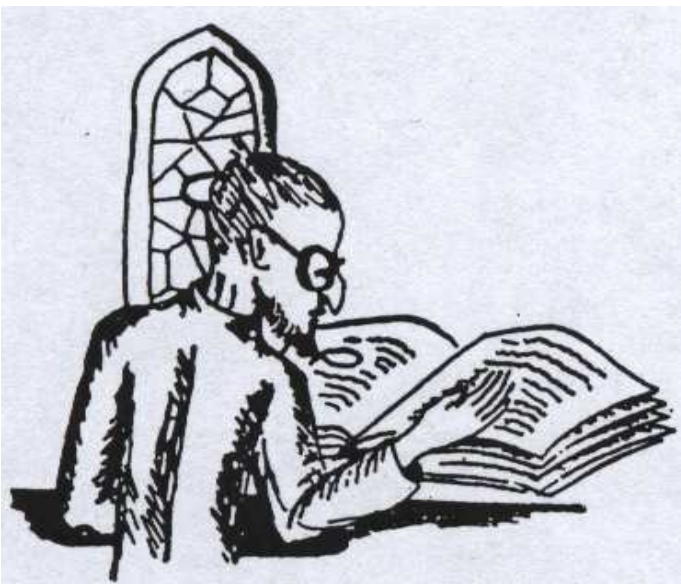
“¿Y qué haría entonces?”, preguntó de nuevo el pescador.

“Podrías sentarte y disfrutar de la vida”, respondió el industrial.

“¿Y qué crees que estoy haciendo en este preciso momento?”, respondió el satisfecho pescador.



Diógenes



Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey.

Y le dijo Aristipo: “Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas”.

A lo que le replicó Diógenes: “Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que vivir adulando al rey.